RESEÑAS

Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, 2014, México, El Colegio de México, 282 pp.

RECEPCIÓN: 15 de octubre de 2014.

ACEPTACIÓN: 21 de noviembre de 2014.

Leal a su título, este texto postula que existe un espacio cultural definido llamado *América Latina* que presenta, desde el siglo XVIII hasta la segunda mitad del XX, conspicuas e indiscutibles afinidades. No pocos investigadores, tendencias y estudios han levantado, sin embargo, interrogantes y reservas a este aserto, especialmente en términos económicos y culturales. Señalan, por ejemplo, discursos y actitudes que en estos días se verifican en países como Venezuela o Bolivia, pero que son sustancialmente divergentes de los que presiden a Chile o México. Y cuando algunos estudiosos indagan en lo ocurrido en la región en las décadas pasadas, puntualizan que los ensayos de complementación de mercados que se iniciaron en este espacio desde los sesenta del transcurrido siglo, no han traído a la fecha frutos apreciables. Y en verdad, múltiples pasos con este rumbo fueron desandados, afilando las disparidades entre los países de la región. No obstante, y sin invalidar estas objeciones, tiene fundamentos postular que hasta la mitad del siglo XX las convergencias entre ellos fueron importantes, y que en la dinámica e intercambio de ideas que hoy se verifican en el área, las afinidades—reales o imaginarias—continúan siendo conspicuas, debido a una compartida memoria histórica y a un lenguaje que, más allá de sus matices locales, contiene rasgos compartidos. Esbozar una revista de ellas es el propósito cardinal de este libro.

Patricia Funes inicia sus indagaciones subrayando la ruptura del vínculo colonial del espacio latinoamericano con España en el siglo XIX y la cristalización consiguiente de entidades nacionales que, al superar múltiples y ásperas fricciones dentro y entre ellas, preservaron sin embargo significativas afinidades en los procesos de formación de las identidades colectivas. La autora apunta que “en las colonias españolas, hacia finales del siglo XVIII,

RESEÑAS

la frase *nuestra América* ganó difusión al gestar espacios que incluyeron a los sectores criollos” (p. 17). Más aún: éstas escogieron el adjetivo *americanos* para definir la singular identidad.

En este esperanzado amanecer, Simón Bolívar postuló la unidad esencial de las naciones latinoamericanas en razón de la “comunidad de origen, lengua, costumbres y religión” que entonces las caracterizaba. Cómo imprimir a esta predicada afinidad contenidos y aspiraciones similares será, desde entonces, la compartida aspiración de líderes locales quienes, al dibujar los rasgos singulares de sus territorios, no impugnaron el peso de compartidas herencias (p. 34). Así, se constituyó *un archipiélago de países* que no ignoró las mutuas afinidades entre ellos; con el andar del tiempo, tendencias centrífugas lesionaron el ambicioso proyecto bolivariano; en su lugar, cristalizó una pluralidad de entidades colectivas separadas por celosas fronteras y élites dominantes, amén de la configuración de singulares historiografías nacionales que las justificaron. Funes señala algunos factores de este tránsito: la ruralización y militarización del poder, la disolución del aparato administrativo colonial, los ajetreos de las élites económicas tradicionales, las rivalidades entre caudillos militares y las ambiciones de naciones foráneas interesadas en reemplazar el dominio ibérico (p. 41).

Orden, estamentos jerárquicos, centralización: tendencias y hechos dominantes que no se reflejaron en la letra –mucho menos en el espíritu– de las constituciones nacionales; apegadas a arquetipos europeos, éstas pusieron formal énfasis en temas como la división de poderes, las garantías civiles, los derechos a la propiedad, enunciados que apenas frenaron las propensiones autoritarias de caudillos y élites. Naturalmente, también se registraron diferencias en el estilo y en la letra de los enunciados constitucionales. Dice Funes con acierto: “no puede trazarse un itinerario unívoco del liberalismo, republicanismo y democracia en toda América Latina” (p. 46). Cada país instituyó formas peculiares de autodefinición y desenvolvimiento colectivos. Argentina, por ejemplo, alentó la recepción de migrantes europeos, suponiendo que éstos difundirían un espíritu empresarial afín y propicio que habría de animar el progreso económico; no confiaban sus gobiernos ni en el *roto* ni en el *gaucho* como actores dinámicos de la modernización nacional. En contraste, México prefirió apoyarse en sus propias élites urbanas, desentendiéndose de la lacerante explotación que ellas imponían a los sectores indígenas; en no pocos casos, las inclinaciones gubernamentales en favor del legítimo y necesario monopolio de la violencia llevó a este país a restringir el poder doctrinario y real de la Iglesia católica, poco inclinada a la sazón a una modernidad liberal (p. 50).

Por su parte, Uruguay alentó importantes avances en la secularización de las instituciones, que se manifestaron en la ampliación de los derechos ciudadanos, incluyendo la sanción laica de matrimonios y divorcios. En contraste, los gobernantes de otros países negociaron compromisos con el poder eclesiástico y militar. Allende estas discrepancias, en la mayoría de los casos la consigna comteana *Orden y Progreso* se impuso en el rumbo político de los emergentes Estados nacionales.

Los siguientes capítulos del libro puntualizan que una de las premisas dominantes en estos jóvenes países —premisa que por cierto se reflejó en la particular historiografía enhebrada por cada uno de ellos— puso énfasis en la centralidad de los grandes hombres, tesis carlyleana que coronaba al líder carismático como el ingeniero cardinal de la Historia, postulado que, por extensión, también aludió al poder determinante de las *minorías ilustradas*; en cambio, la población nativa y marginal habría revelado un perfil pasivo e inmutable opuesto a la dinámica del progreso. Aludiendo al tema, Funes evoca una frase del argentino Carlos Octavio Bunge: “el carácter de los hispano-americanos es [...] la pereza, la tristeza y la arrogancia” (p. 75). Boceto similar al retrato que trazará el mexicano Samuel Ramos en la primera mitad del siglo XX, al aludir a los rasgos psicológicos de la población aborigen y mestiza de su país, presuntamente adversos al *ethos* de la modernidad. Argentina, Brasil, Uruguay —entre otros— estimularon, en consecuencia, “el mejoramiento de la raza” por medio de la migración de europeos; contingentes que suscitarán en el curso del tiempo actitudes desiguales: algunas pusieron énfasis en sus virtudes empresariales, pero otras en “la prostitución, la delincuencia, el anarquismo y el socialismo que trajeron a las nuevas tierras” (p. 77). Ambivalencias que también se manifestaron en la percepción de la estructura demográfica nacional, como en el caso del Brasil, que distinguió sin reservas entre un Sur pujante, empresarial y progresista, en contraste con un Nordeste atrasado y amorfo.

Hasta las vísperas del siglo XX, se difundieron credos políticos favorables a un Estado oligárquico y apegado a criterios raciales y clasistas, que aparejaron la consiguiente dilatación de las brechas iniciales. En este período, la democratización de instituciones y costumbres constituyó un discurso banal más que una dominante realidad.

En la segunda parte del volumen, la autora vislumbra señales de cambio. Después de un siglo de formal independencia nacional, brotaron nuevas tendencias. México, por ejemplo, pone fin al régimen porfirista y articula un sistema constitucional algo más luminoso; Argentina encara tendencias

RESEÑAS

anarquistas que pretenden restringir los abusos del poder central; las críticas a las clases dominantes se generalizan; sus abusos e injusticias se configuran intolerables (p. 81). En Perú, Haya de la Torre moviliza a los estudiantes universitarios, actores emergentes que propiciaron el cambio social; se manifestarán en la rebelión universitaria de Córdoba, Argentina, con amplios ecos regionales. En esta coyuntura, figuras académicas y algunos intelectuales se perfilaron como mediadores entre el poder oligárquico y las masas; pero no hay lugar en este contexto para una genuina democratización: se trata de un proceso selectivo y fragmentado. El argentino José Ingenieros, por ejemplo, le adjudica a su país un indiscutible liderazgo en el espacio latinoamericano debido al predominio de la raza blanca, la fecundidad de sus tierras, el carácter templado de su clima: variables que conducirían, en su opinión, al ascenso de su país en el cuadro europeo, aspiración que Argentina concretará hasta los años treinta; desde entonces, el declive –o sus altibajos cual helicóptero– será imparable.

Según Funes, en las décadas siguientes despuntan rasgos de un entendimiento, entre explícito y tácito, entre los gobernantes y los intelectuales sensibles al ejercicio público. La iniciativa se origina en los primeros. “Los caudillos militares revolucionarios necesitaban a los intelectuales (incluso más modestamente a los letrados) para construir y legitimar al nuevo Estado” (p. 103). Y en este recodo vislumbraron la posibilidad de “desbarbarizar” un poder que se sustentaba en el monopolio de la violencia. La autora subraya la meritoria cruzada educativa de Vasconcelos en México, encaminada a crear símbolos de la nación mexicana, distantes de la oligarquía dominante. En términos generales, ideas como *progreso*, *racionalidad*, *evolucionismo social* se difundieron en América Latina, pretendiendo poner en jaque la autoridad de las élites oligárquicas. Incluso el protagonismo indispensable de los campesinos en este proyecto es invocado en los años veinte por el peruano José Carlos Mariátegui, mientras que en México, dos décadas más tarde, el presidente Cárdenas procurará asegurar la justicia con el reparto agrario y enriquecer la conciencia campesina y obrera. Estas tendencias fortalecieron posturas adversas al invasivo poder imperial de Estados Unidos, que por propio interés y en complicidad con las élites dominantes, procuraba preservar y expandir sus esferas de influencia. En respuesta, tuvo lugar el Congreso contra la Opresión Colonial en Bruselas, en 1927 (p. 107); allí se encontraron, entre los latinoamericanos, Haya de la Torre, Juan Antonio Mella, José Vasconcelos y Victorio Codovilla. Un concilio que redujo las distancias y la sensación de soledad entre los intelectuales latinoamericanos, aunque sus ecos apenas se hicieron sentir en la región.

El ascenso de Estados Unidos como potencia mundial afectó considerablemente a las economías latinoamericanas, que no se embarcaban a la sazón en un proceso dinámico de industrialización. En esta coyuntura, las élites dirigentes debieron encarar una cultura que se expresaba en otro idioma y propiciaba un credo económico y religioso distanciados de los conocidos en la herencia española; el *Destino Manifiesto* es la plataforma de la incursión norteamericana en la región. Se escucha entonces la voz de José Martí, quien propala la necesidad de que “la América española” declare su segunda independencia (p. 132); José Enrique Rodó predica la rivalidad entre Ariel y Calibán: la espiritualidad latina vs. el pragmatismo sajón. El arielismo conquistó el espíritu de no pocos intelectuales: les obsequió función y presencia, casi santidad; en contraste, el capitalismo norteamericano no constituiría sólo un sistema económico: es también un paradigma ético inaceptable para los países latinos. Funes indica que “el componente antiimperialista [...] generó estrategias de poder de carácter movientista, frentista y aliancista [...] que cobraron en los años treinta y cuarenta una importancia decisiva en las formas de hacer política” (p. 145).

Esta efervescencia intelectual no condujo a resultados duraderos. En los años treinta se reiteran en América Latina tendencias francamente antiliberales. Según la autora, el fascismo italiano, el primorriverismo español, la Acción francesa, el tomismo —entre otros fenómenos— alentaron un pensamiento autoritario en la región (pp. 158 ss.). Se institucionalizó, por ejemplo, en el *Estado Novo* en Brasil, que abrió cauce a un nacionalismo corporativo. El Estado fue concebido como un “Leviatán benevolente que protegía a la sociedad a la vez que la corregía”. (p. 161). Los miembros de estas élites conservadoras difundieron objeciones a Lutero, Descartes y Rousseau, figuras que habrían conducido a los perversos planteamientos de Marx y Lenin. Auspiciaron además la recatolización de las masas en varios países y la modernidad se les antojó “un caos sin Dios y sin amor” (p. 163), atmósfera que condujo a regímenes autoritarios que exigieron controlar “la anarquía de las almas y la vana competencia entre partidos” (p. 168).

Sin embargo, la crisis económica de los treinta alumbró cambios en las sociedades latinoamericanas. La caída de las exportaciones, los adversos términos del intercambio, el descenso del empleo y de los salarios —entre otras variables—, obligaron la intervención activa y algo más ilustrada del Estado. Brotó la dinámica necesidad de emprender políticas de sustitución de las importaciones como ruta hacia la industrialización. Funes indica, acertadamente, que la urbanización y el crecimiento demográfico apresuraron esta

RESEÑAS

inclinación. Sin visualizar alternativas, sindicatos y agrupaciones políticas debieron aceptar estos módulos de desarrollo económico. Al mismo tiempo, por inercia o con deliberación, no pocos países instituyeron regímenes dictatoriales e incluso incurrieron en confrontaciones bélicas (el caso de Bolivia y Paraguay). Cuando las élites no se inclinaron a favorecer un estado autoritario, las políticas populistas se perfilaron como un sustituto —en apariencia menos violento y más refinado— de los regímenes represivos. Adelgazaron las reclamaciones sociales en el corto plazo para legar deudas y crisis insalvables a futuros gobernantes; en algunos casos, líderes carismáticos suministraron gratificaciones circenses a las masas sumidas en secular e incorregida marginalidad.

En los años sesenta y setenta, las ideas políticas latinoamericanas recogieron los ecos de la escena internacional, en particular, la revuelta estudiantil en Estados Unidos y en Europa, además de la formación de un sistema político (Cuba) claramente apoyado por uno de los actores poderosos de la Guerra Fría (la URSS). Los sucesos en La Habana se convirtieron en un punto de referencia inescapable en la definición e intercambio de ideas políticas. Funes pasa revista a los intelectuales y creaciones que surgieron a resultas de este viraje. Alarmado por los ecos de la revolución castrista, Estados Unidos y amplias fracciones de las élites latinoamericanas alentaron regímenes populistas o francamente autoritarios. En esta atmósfera, abortaron las innovadoras iniciativas emprendidas por Allende en Chile: ni el gobierno estadounidense ni élites militares latinoamericanos pudieron tolerar que prosperara un símil de Cuba en el sur de América Latina.

La constelación emergente alentó el interés en interpretaciones “estructuralistas” —y en particular *las teorías de la dependencia*— en torno a la condición latinoamericana, planteamientos que, en una versión moderada, ya se encontraban en los primeros discursos cepalinos. Intelectuales difundieron interpretaciones *estructuralistas* de la evolución latinoamericana, inspiradas en tesis marxistas y neomarxistas. Sugiero —Fuentes soslaya esta circunstancia— que no pocos de ellos expusieron estas posturas sin temores a sanciones severas por parte de los regímenes autoritarios que censuraban, pues realizaban labores en organismos regionales dependientes de las Naciones Unidas. Debidamente protegidos y bien remunerados, no asumieron dilatados riesgos al esbozar predicamentos radicales de la condición latinoamericana. El economista mexicano Juan Noyola fue un caso singular: renunció en los cincuenta a una promisorio carrera en la CEPAL para ocupar un alto cargo —con modesta compensación y los consiguientes riesgos— en Cuba.

En estas dos décadas, los militares tomaron el poder en varios países. El designio: detener ideas “extranjerizantes”, preservar la sociedad occidental y cristiana, combatir planteamientos que supuestamente pondrían en peligro la “seguridad nacional”, no sólo en términos territoriales, sino ideológicos y cuasi-metafísicos (p. 243). Dice la autora: “prohibido pensar en América Latina” se convirtió en esta oscura constelación, en un oficial imperativo; desobedecerlo acarrearía la clandestinidad, la emigración obligada, y, en no pocos casos, la desaparición y la muerte. Al lado de los militares defensores del “alma nacional” actuaron no pocos intelectuales, “una burocracia del mal que no vestía uniforme militar” (p. 256). Los regímenes militares no sólo asesinaron a miles de ciudadanos —en su mayoría profesionales y jóvenes estudiantes—; siguiendo el ejemplo nazi, quemaron millones de libros en estos empeños “anti-comunistas”. Al final de sus indagaciones, Funes se pregunta si esta trágica evolución de las ideas políticas latinoamericanas caerá en el olvido, o si se aprenderán sus lecciones para impedir una sombría repetición de lo que fue. Considerando la apertura democrática que se perfila en algunos países desde el arranque del siglo, Funes tiende a ser optimista.

Dos defectos inquietarán al lector de este importante libro. Uno es la ausencia de notas bibliográficas, en correspondencia a los autores citados en sus páginas. Para compensar esta ausencia, Funes ofrece al final una larga lista de títulos, sin duda muy útiles para cualquier investigador y estudiante que se inclinen por ahondar en estos temas; sin embargo, apenas corrige la ausencia señalada.

Otro es el uso desbordado de argentinismos y galicismos que molestará a lectores inclinados a respetar las convenciones de la gramática española que gestan, más allá de las locuciones localistas, la existencia de una convergente escritura y lectura latinoamericanas. Algunos ejemplos: *esencialismos*, *frentista*, *incumbencias disciplinarias*, *continentalidad*, *forales*, *denuncialista*, *movimientista*, *fundacional*, *aliancista*, *epocales*, *fomentalista*, *raciólogos*, *recusación*, *borramiento*, y muchas más. Por la secuencia singular y por los cotejos que enhebra en el desenvolvimiento de las ideas políticas en América Latina, este libro es lectura obligada. Futuros acontecimientos habrán de justificar o desmentir la alentadora calidad de esta secuencia.

175

JOSEPH HODARA
El Colegio de México
Bar Ilan University, Israel